

## art buchwald

### CUANDO MUERE UN AMIGO

WASHINGTON.—Cuando muere un amigo, y el senador Robert F. Kennedy lo era mío, llegan los recuerdos en una sensación confusa de película, sin un orden concreto. La cámara enfoca Hickory Hills y Bobby Kennedy aparece caminando, sumido en profundos pensamientos. De pronto, toma un balón de fútbol y se lo lanza a su hijo de doce años, David. Minutos más tarde, todos los huéspedes están empeñados en un fiero juego con los Kennedy, incluida Ethel, actuando como si fuera el encuentro más importante del mundo.

Otra escena: Bobby vestido de etiqueta, hablando apasionadamente acerca del futuro de la nación. Señala con el dedo y dice: "Tenemos que hallar respuesta a los problemas del país, no sólo para nosotros, sino también para nuestros hijos y nietos. No podemos seguir como estamos".

Luego vemos a Bobby en su jardín, en donde se celebra una exposición de animales domésticos. "Brumus", su hermoso "Terranova", comete la mayor indiscreción, rociando inesperadamente el almuerzo de una dama. Bobby corre hacia su biblioteca antes de que la dama se dé cuenta de lo que ha ocurrido.

Ahora vemos la biblioteca, la noche anterior al anuncio de que Bobby buscara la candidatura presidencial. Ted Sorensen lee un borrador del anuncio que comienza diciendo: "He decidido ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos". Bobby, riendo, dice: "Vaya, Ted, ¿tengo que decir realmente eso?".

Otra escena, ahora en el río Colorado. Bobby se encuentra sobre un colchón neumático que está atravesando las corrientes. El resto de las comitivas va en balsas. El encargado de los botes grita: "Senador Kennedy, no pase las próximas corrientes, son muy peligrosas". Pero Bobby no regresa al bote. Las gentes de las balsas le gritan: "No lo haga, Bobby". Pero él, sonriendo, atraviesa las corrientes. Todo el mundo aplaude.

Otra escena: en el Gran Cañón del Colorado. Bobby habla sobre la situación de los indios en esa región y cómo han sido ignorados por el resto del país. Habla con profunda convicción.

Ahora estamos en Hyannis Port. Hay una regata de veleros y Bobby es el piloto de uno de ellos, con dos tripulantes. Una pareja de adolescentes maneja otra embarcación que pasa rozando la suya y Bobby grita, enojado: "Tengo prioridad de paso". Los jóvenes contestan: "Mala suerte", y Bobby grita otra vez: "Protestaré ante los jueces". Una regata no es cosa de broma. Y hay silencio durante el resto de la competición.

Ahora, una escena que muestra a Bobby jugando con sus niños, sobre la alfombra. Luego lo vemos caminando por una playa al atardecer. Después aparece sentado en el suelo de su comedor, con el teléfono en la mano, regañando a un auxiliar por decir algo que no debe decirse. Y se le oye decir: "Soy el único en la política norteamericana que tengo en contra a la vez a obreros y patronos".

Luego se le ve en los funerales de un productor de televisión, muerto en Jordania, consolando a la viuda. Después aparece en el Club de Prensa de Washington discutiendo algunos chistes. "Ustedes saben que yo no puedo decir eso contra Lyndon Johnson", indica.

Luego, Bobby y Ethel y Ethel y Bobby y Bobby y Ethel... Las imágenes son tan rápidas que cuesta fijarlas en la mente. Y, finalmente, la última escena, sólo que ahora la cámara está en una pequeña pantalla de televisión y uno mira, resistiéndose a creerlo, cómo el amigo yace en el suelo, en el pasillo que conduce a la cocina de un hotel de Los Angeles. Y uno sabe, sin ver los títulos, que éste es el FIN.

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

cional de Cámara, oficialmente existente desde hace años—, el Premio Carlos Arniches, convocado bianualmente por el Ayuntamiento de Alicante, es un ejemplo de serena supervivencia y aun de prestigio acrecentado. Ahí está el Premio de hace dos años, «Mi guerra», obra cuya importancia crece con el paso de los meses, obra sólo estrenada por grupos no profesionales, pero con un puesto innegable entre nuestro mejor teatro contemporáneo.

Ahora acaba de fallarse el Premio correspondiente al 68. Setenta y cinco obras a concurso. Diez o doce títulos finalistas de indudable decoro. Jurado coherente —que no es lo mismo que homogéneo—, elegido en función de la personalidad teatral de cada uno de sus miembros y no atendiendo al carácter de «representación» que pudiera corresponderles. Mucho tiempo por delante para leer. Y reunión en Alicante para releer y discutir espaciadamente sobre las obras finalistas.

Y ya, un Premio 68: «Tú, no importa quién». Abierta la plica, un autor: José Sanchis Sinisterra, catedrático de literatura en Teruel, director durante años del Teatro Universitario de Valencia y del Aula Teatral adjunta a la Cátedra correspondiente de la Facultad de Filosofía y Letras de dicha ciudad. Un estudioso del fenómeno teatral. Ponente en las Conversaciones Nacionales de Córdoba. Una de las personas que más veces ha señalado la necesidad de descentralizar la vida teatral española y enraizarla por igual —de abajo arriba— en todo el país, dentro de lo que cada núcleo permita.

«Tú, no importa quién» se ocupa de un tema fundamental: la solidaridad. Es, pues, obra dominada por un sentido ético y una voluntad de hacer preguntas al espectador. El protagonista es un individuo empeñado en ser útil a los demás, aunque, a la postre, su trabajo resultara inútil, justamente por haberse planteado «al margen» y no «dentro» de la sociedad. Aunque ésta no deje de ser una acusación problemática, porque lo cierto es que la «marginación» no es querida por el personaje, sino impuesta por los demás...

La obra funciona como teatro dentro del teatro, tomado el concepto desde una perspectiva brechtiana. Los actores montan la obra ante nuestros ojos, y a la historia «naturalista» acompaña siempre un coro interrogador, que la rompe, que pregunta, que crea el contraluz ético-político.

¿Se representará «Tú, no importa quién»? La edición ya está comprometida. Pero, ¿se representará? Y, de hacerse, ¿qué diremos unos y otros? ¿Diremos que se ha quedado ligeramente atrás respecto de los movimientos del teatro internacional, o, más realistas, habremos de señalar que está muy por delante de cuanto estrenan nuestros autores profesionales?

En fin, la obra de Sanchis Sinisterra está ahí, probando que hay más vida autoral española de la que, salvo contadas y, a veces, mal recibidas ocasiones, la escena española, tan respetuosa, testifica... ■ J. M.

## YDIGORAS, EL FRANCO TIRADOR

### Ataque a los Estados Unidos



una por su cuenta a través de su producción literaria. Sus libros han sido «best-sellers» en las tres últimas Ferias celebradas en Madrid.

Ydigoras acaba de publicar, tras múltiples peripecias, su obra «Los Usacos», difícilmente encasillable. Una obra de «política-ficción» tal vez, que alude muy directamente, a pesar del vestuario simbólico imaginado por el autor, a hechos históricos, ideas y situaciones muy concretas. Y por sí la ingenuidad reinase en alguna zona de su audiencia, Ydigoras ofrece al lector, como complemento aclaratorio, un denominado «Diccionario Usaco», que disipa toda posible duda.

Lo que podríamos llamar «el ataque a los Estados Unidos», que alcanza ya dimensiones planetarias en todos los niveles, no parte siempre de los mismos supuestos ni persigue un único fin. Puede nacer de posiciones ultras, nutridas en la demagógica propaganda «goebbelsiana» desencadenada desde Berlín contra las potencias occidentales durante la segunda guerra mundial, y puede también provenir de sectores liberales y progresistas en radical contraposición con aquellas actitudes, ya caducas, por lo demás, aunque parezcan resucitar esporádicamente. Hay también otra plataforma que permite el disparo contra las estructuras norteamericanas: es la del hombre independiente que, por lo general, ha evolucionado desde las actitudes primeramente expuestas hasta una posición de francotirador con ambiciones justicieras y, en el fondo, quizá con una autojustificación de carácter moral. Tal es el caso del novelista Carlos María Ydigoras, un vasco que ha peleado en varias guerras y ahora hace

Si «Los Libertadores USAS», libro de denuncia frontal, revelaba un formidable esfuerzo en orden al acopio de datos, «Los Usacos» prueba el laborioso desarrollo de una traducción, a nivel de la fantasía, de la especial interpretación que Ydigoras otorga al proceso histórico del que somos testigos, y a la vez, desde luego, protagonistas. Esta singular parábola, sin precedentes por lo que respecta a su concepción, método y formulación, recibirá del público —al margen de su metateórica difusión primera— el mismo favor que «Los libertadores USAS». En mi opinión, algunos lectores le objetarán —además de la validez de la tesis sobre el imperialismo envuelta en este brillante ejercicio simbólico—, la caída de un excesivo barroquismo imaginativo en el intento de dar cuenta de hechos concretos muy palpables y transparentes incluso en la mediatizada versión de la prensa diaria. Pero el libro seguirá difundiendo bien porque la honesta voluntad de fondo que lo anima ha de encontrar resonancia en multitud de lectores. ■ E. G. R.